



CAPÍTULO 1

Elizabeth Navenby era conocida por tres cosas: bordar, hablar con los muertos y tener mal temperamento en sus días buenos.

Ese no era un buen día. Los mareos por navegar aguzaron las púas de ese temperamento. Verse inmersa en parloteos bien intencionados sobre el mobiliario del camarote y cómo la multitud que agitaba sus pañuelos para despedir al Lyric lucía *igual* a una bandada de palomas (¿no lo creía?), no ayudó mucho.

Entonces, Elizabeth envió a la verborrágica señorita Blyth, quien en verdad poseía una cantidad desagradable de energía para su edad, a explorar el barco.

—Por fin —dijo dentro del camarote vacío—. Necesitaba un poco de silencio.

Aunque no estaba en silencio en realidad, el zumbido de los motores del barco no era más difícil de ignorar que el bullicio de una tarde normal

en Manhattan. Y, ya que prestaba atención, los muebles del camarote eran... apropiadamente lujosos, aunque quizás algo modernos. Pendían lámparas cual copos de nieve mohosos de los brazos de bronce del candelabro. Las sillas tenían un tapizado de un tono de verde más pálido. La jaula de Dorian se encontraba sobre un aparador bajo, con cajones tallados con patrones de tulipanes de tallos largos y entrelazados.

—Supuse que aprobarías *eso*, Flora. Siempre te ha gustado que tus paisajes exteriores decoraran tus interiores.

La siguiente oleada de náuseas fue acompañada por un dolor sordo, como si una mandíbula de dientes afilados hubiera aplastado su rodilla. Contaba con unas rodillas funcionales en tierra, pero que no estaban acostumbradas al esfuerzo de estabilizar un cuerpo en el mar.

Tambaleándose, se sentó en la silla más cercana y conjuró un hechizo de calor, cuya tenue luz amarilla se reflejó en el aparador de madera pulida y se desvaneció cuando lo aplicó en su rodilla. El calor penetró en su vieja articulación adolorida.

—Y no quiero escuchar que debería usar un bastón —agregó.

Uno de los sobrecargos mayores se apegó melindrosamente a ellas en cuanto abordaron. Elizabeth sospechaba que pretendía insinuársele a la señorita Blyth, pero, en cambio, la sometió a ella a un maldito parloteo condescendiente sobre lo difícil que podía ser el viaje para las personas mayores e inestables, y cómo la White Star Line se enorgullecía de sus escasas comodidades para pasajeros de primera clase. Y se ofreció a conseguirle almohadas extra, sopa caliente o té de jengibre para asentar el estómago, un bastón...

Llegado ese punto, Elizabeth lo llamó un enorme entrometido y lo esquivó, con lo que dejó a la señorita Blyth disculpándose por ella. Algo inútil. Los hombres nunca aprenderán a comportarse si te disculpas con ellos.

–¡Inestable! –masculló–. Qué *descaro*.

–*Descaro* –repitió Dorian.

Elizabeth le había enseñado a decir “descarado” después de haber atrapado al aburrido vejestorio de Hudson Renner intentando usar anillos de madera en la mesa de póquer. No había excusas para usar ilusiones en una fiesta civilizada, sin importar cuánta fortuna hubiera despilfarrado en inversiones que cualquiera podría haber dicho que rayaban la estupidez.

–No esperaba hacer viajes en esta etapa de mi vida –lamentó al ponerse de pie. La rodilla estaba mejor, el estómago no–. Aunque debo reconocer que –continuó a regañadientes–, la última vez que crucé el Atlántico, los mareos eran peores.

La última vez lo había hecho en la dirección opuesta, cuando partió de Inglaterra con su esposo en busca de una vida mejor en Estados Unidos. Aquella había sido una embarcación más pequeña, nada comparado con ese enorme transatlántico.

–Pobre Ralph –resopló al recordarlo–. Pasó el primer día frotándome la espalda y vaciando cuencos, antes de que me sintiera lo suficientemente bien para recordar que había empacado uno de los tónicos para el estómago de Sera y la manzanilla seca de tu jardín...

Las fauces del duelo tienen dientes afilados, que se cerraron como una trampa para osos.

Elizabeth aferró el relicario de plata y contuvo con dolor el impulso de maldecir a los muertos por morir. Deseaba disparar magia a esas lámparas verdes solo por el placer de ver algo estallar. Los recuerdos la acechaban, la abatían, se enredaban por sus tobillos. Flora había tejido magia como una tela de araña mientras crecía su manzanilla, le había susurrado hasta que incluso el aroma sutil de sus flores cargado por una

leve brisa era un encantamiento soporífero, como colocar las manos sobre los párpados.

Poco a poco, fue soltando el relicario y observó la palma de su mano, como si pudiera haberse grabado el patrón de girasoles en la piel. Sin dudas, se trataba de un dolor desproporcionado, pues ella y Flora habían pasado la última mitad de sus vidas en continentes diferentes. Y tenían edad para imaginar que la muerte podría tocar a sus puertas pronto.

Sin embargo, eso no cambió la desolación, el vacío y la rabia que Elizabeth sintió cuando la señorita Blyth puso los pies sobre la alfombra y reveló la noticia de la muerte de Flora. Y la edad lo hacía *peor*. Era absurdo. Elizabeth era demasiado vieja para salir a vengar un asesinato, pero lo haría de todas formas, por supuesto, aunque sus huesos estuvieran demasiado frágiles para contener la ira que la impulsaba.

—Lo sé, lo sé —murmuró—. En tanto tenga vida, puedo decidir qué hacer con ella.

Elizabeth Navenby hablaba con los muertos en particular, no en general. Más que eso, ella hablaba con su persona muerta *particular* mucho antes de que entrara en esa categoría. Incluso antes de dejar Inglaterra, había hablado como si Flora Sutton estuviera allí, como si el relicario las conectara más que en sentido metafórico, como si hubieran encontrado el modo de superar las limitaciones de la magia a grandes distancias y cualquier palabra que dijera pudiera atravesar el océano hasta los oídos de Flora.

Se había contenido frente a la señorita Blyth, por lo que sentía la lengua cargada de todas las cosas que no dijo. Una vez que tuvo la libertad de decirlas, las más densas fluyeron primero.

—Creí que lo sabría en el momento exacto —le dijo a su muerta ausente—. En verdad lo creí. Pensé que me sentaría en la cama con el corazón

acelerado o que me detendría en medio de la calle en un momento de pánico. Pero no, tuvieron que decírmelo a la cara *meses* después de que estuvieras bajo tierra. Tuve que quedarme allí sentada boquiabierta como un pez y percatarme de que aun después nadie pensó que hubiera apreciado que me enviaran un maldito *telegrama*...

Otra oleada de dolor y rabia. Dorian, como si la percibiera, emitió un graznido a modo de suspiro. No, la condenada ave no era empática, solo pasivo-agresiva, y recurría a los patéticos graznididos como señal de que quería atención. O comida.

Elizabeth sacó el tazón de la jaula para llenarlo de agua. Con un poco de suerte, durante su recorrido, la señorita Blyth recordaría pedirle al sobrecargo comida para el ave. Aunque era poco probable. La chica tenía cerebro de urraca, tendrían suerte si recordaba cómo volver al camarote.

–Si estuvieras aquí, me dirías que no confíe en la chica para nada. –Una risa amenazó con escapar–. Siempre fuiste una criatura paranoica, Flora. No temas. No ha salido ni una palabra de mis labios sobre mi parte del juramento. No hablaremos hasta que no haya otra opción. Lo prometimos.

Cuando devolvió el tazón lleno de agua, Dorian le mordisqueó el dedo con aprobación antes de que retirara la mano.

Habían hecho una promesa; sin embargo, la paranoia de Flora llevó a que le entregara su parte del juramento a su sobrino nieto no mago. Le había hecho un amarre de silencio, lo había enviado a su muerte y luego había terminado con su propia vida para no romper la promesa, porque *no había otra opción*. Porque, después de tantas décadas de haber mantenido el último juramento a salvo, de haber mantenido a sus tres piezas separadas para que no se convirtieran en un arma capaz de robar la magia de todos los magos de Gran Bretaña, se estaba cerrando una red sobre el

Club Forsythia. Sobre las mujeres que tuvieran la arrogancia y curiosidad para crear esa arma en primer lugar.

–Arrogancia –pronunció Elizabeth, como si la palabra fuera un hechizo. Tuvo un sabor amargo en sus labios. Pero se sacudió a sí misma, ya que no tenía caso afligirse. Debía mirar hacia adelante.

Quizás buscar algo que calmara las náuseas. Había tejido un hechizo útil en la chalina de una sobrina que atravesaba un embarazo difícil, aunque no podía recordarlo con exactitud, descifrarlo sería una buena distracción. Sus elementos de costura estaban en uno de los arcones. Mientras iba en su búsqueda, hubo una sacudida demasiado nauseabunda, por lo que Elizabeth se encontró presionando los dientes. Después de unos minutos, admitió que no tenía caso intentar combatir los mareos con necesidad y se rindió a vomitar en el cuenco del pequeño baño del camarote.

Alguien escogió ese momento encantador para llamar a la puerta. Aferró el borde del cuenco y se rehusó a responder, que pensaran que dormía. No se dejaría consentir por los sobrecargos, conjuraría un nido de espinas y se envolvería en él antes de aceptar sopa. Se encargaría de eso ella misma.

Una vez que su estómago dejara de intentar escapar a través de las costillas.

La cerradura giró y la puerta de entrada se abrió despacio. Así que debía ser la señorita Blyth, aburrída de su expedición. Elizabeth le frunció el ceño a la loza y esperó con pesar a que reiniciara la charla animada.

Nada.

Y, en medio de la nada, pasos, demasiado fuertes para ser de la señorita Blyth. Y demasiado lentos. *Cautelosos*.

Las alarmas se encendieron y lograron hacer a un lado parte de las náuseas. Elizabeth se enderezó, oculta detrás de la puerta entornada del

baño. El hechizo de aturdimiento que formó fue uno de los de Flora, construido con una sola mano y con determinación; la otra mano quedaba libre para sostener un candelabro sólido en caso de que el hechizo fallara, como solían bromear. La magia llenó su mano como nieve.

Tras una inhalación profunda, movió la puerta con la mano libre, pero la maldita abertura *crujió* y arruinó su oportunidad de usar el factor sorpresa. Escapó una maldición de sus labios. Echó un vistazo breve al intruso, un hombre, que levantó la cabeza de golpe del aparador que estaba revisando, antes de lanzarle el hechizo.

Pero el crujido fue suficiente advertencia y el hombre pudo esquivarlo, rápido. *Al diablo* con sus manos viejas y rígidas. Escuchó a Flora, como si por fin se hiciera cargo de su parte de la conversación: *Aún dependes demasiado de las figuras, Beth, siempre te lo he dicho.*

Flora tenía razón. Con un demonio, siempre había tenido razón. Pero Elizabeth estaba limitada por su propia debilidad en ese momento. No conseguía formar el hechizo entre sus dedos temblorosos.

Lo siento, Flora. Deseaba matarlos por ti.

Su corazón se agitó aún más, con lo que casi escapa de su pecho por el miedo y la rabia. La situación la dejó aturdida y abatida, incluso antes de que la magia de sensación cálida se disparara de las manos del hombre y aplastara sus sentidos como un rayo.

Lo siento.